

EL ASNO REDIMIDO: NOTAS AL NUEVO COMENTARIO AL
LIBRO XI DE LAS *METAMORFOSIS* DE APULEYO

W. H. KEULEN - S. TILG - L. NICOLINI - L. GRAVERINI - S. J. HARRISON
- S. PANAYOTAKIS - D. VAN MAL-MAEDER, *Apuleius Madaurensis. Metamorphoses. Book XI. The Isis Book. Text, Introduction and Commentary. Essays by F. Drews, W.S. Smith and U. Egelhaaf-Gaiser*. Groningen Commentaries on Apuleius, Leiden - Boston: Brill, 2015, VIII + 681 pp. ISBN 978-90-0426-920-0.

El presente volumen culmina una extensa serie de publicaciones, los *Groningen Commentaries on Apuleius*, con un nuevo comentario del último libro de *Metamorfosis* a cargo de un selecto equipo internacional de filólogos expertos en este autor y que ya han producido algunas de las aportaciones más relevantes en este campo en los últimos años.

No se trata simplemente de culminar una colección, los últimos comentarios sobre el tema, de 1975¹, estaban necesitados de una actualización evidente y, sobre todo, de completar la información contenida en ellos añadiéndoles cuestiones lingüísticas y, más que nada, literarias que, por una u otra razón no estaban presentes en ellos. La exorbitante cantidad de estudios sobre novela antigua y concretamente sobre Apuleyo que ha aparecido en los últimos años y la complejidad desde cualquier punto de vista del libro XI hacían aconsejable obviamente que fueran varios los autores de una obra que pretende ser exhaustiva además de innovadora. Los resultados del trabajo, gestado durante años y que ya había producido publicaciones previas², no decepcionan en absoluto.

¹ El de J. Gwyn Griffiths (*Apuleius of Madauros. The Isis Book (Metamorphoses, Book XI)*, Leiden 1975), una obra magnífica que, entre otros logros, había realizado un profundo análisis del texto desde el punto de vista de la historia de las religiones comparándolo con otras fuentes, especialmente egipcias, y el de Jean-Claude Fredouille (*Apulei Metamorphoseon liber XI*, Paris 1975), que más que un comentario propiamente dicho, es una edición anotada encuadrada dentro de la colección Érasme, aunque tan extensa y ricamente explicada que se aproxima mucho a esta categoría.

² Especialmente W. Keulen - U. Egelhaaf-Gaiser, *Aspects of Apuleius' Golden Ass. Volume III: the Isis Book*, Leiden · Boston 2012, en adelante, AAGA 3. Son constantes a lo largo del comentario las referencias a esta colección de estudios.

Tras unos *acknowledgements* a cargo de los editores, Keulen y Egelhaaf-Geiser, que, expresando el reconocimiento a distintas personas e instituciones, narra en cierta forma la historia de cómo se escribió el libro a través de los coloquios, seminarios y reuniones científicas en los que se gestó, se abre una larga, densa y valiosa introducción (1-67).

Las primeras páginas presentan una síntesis crítica de los diversos enfoques con los que se aborda el libro XI: la que lo considera ante todo como fuente para la historia de las religiones, las interpretaciones alegóricas, religiosas y platónicas, los análisis literarios, entre los que se cuentan los basados en la narratología, y las aproximaciones histórico-culturales. Sigue un amplio resumen y esquema del libro (9-11) con unas observaciones sobre las falsas conclusiones y unas páginas sobre técnica narrativa. Interesante la sección sobre tiempo y espacio, temas que han suscitado no pocas publicaciones recientes (21-33), y la caracterización de los personajes³. En la parte dedicada a las relaciones con otros textos cuentan con apartados específicos los relativos a Lucrecio, el *Onos* griego, las otras novelas antiguas y la épica.

En general la introducción proporciona un resumen utilísimo de las aportaciones de la crítica, casi siempre la más reciente, sobre cada uno de los aspectos tratados, con abundantes y muy completas notas que dan cuenta prácticamente de toda la bibliografía disponible. Quizá lo único que se podría achacar, a pesar de que, como se ha visto, es una excelente herramienta para el conocimiento del libro XI, es que pretende, por una parte, hacer un recorrido por temas esenciales en el relato de manera aséptica, presentando los datos a partir siempre del texto e ilustrándolos con las interpretaciones de los estudiosos, y, por otra, contiene de manera constante observaciones particulares que justifican las explicaciones y enfoques del comentario⁴. En la presentación de un libro como este, con unos ensayos finales específicos, y puesto que se ha editado previamente un volumen de estudios (*AAGA* 3), probablemente hubiera sido preferible atenerse a un tono más objetivo que diera al lector instrumentos de comprensión de la obra junto con una buena síntesis de las ideas vertidas por los numerosos filólogos que se han ocupado de ella. No habría en ese caso tantas afirmaciones enormemente hipotéticas⁵.

³ En más de un pasaje se cita como *forthcoming* el libro colectivo recientemente aparecido de S. J. Harrison (ed.), *Characterization in Apuleius' Metamorphoses. Nine Studies*, Cambridge 2015.

⁴ Me parecen singularmente estimulantes, por ejemplo, la relación entre la evolución de Lucio y la del libro XI con respecto al resto de la novela (p. 39). Hay otros muchos casos que, sencillamente, son discutibles, véase e. g. la nota 159

⁵ Alguna consideración sobre el final de la novela en la p. 47, por más que el tema haya suscitado no pocas conjeturas. No creo que falten ni siquiera algunas frases, como piensa Zimmerman (*AAGA* 3, 27): en cualquier caso, son suposiciones perfectamente superfluas. Véanse también las conclusiones de p. 49 sobre la presencia de una referencia autobiográfica en el modelo perdido y las observaciones completas sobre el tema en 499.

La excepción a estos últimos reparos es el capítulo dedicado a la lengua y estilo⁶, irreprochable desde cualquier punto de vista. Curiosa, para acabar, la sección 7.3 sobre las cualidades cinematográficas del libro. En cualquier caso, estas excelentes páginas de la introducción suponen tanto una forma inmejorable de adentrarse en el libro como una certera puesta al día sobre gran parte de sus motivos más sobresalientes, que forman, además, una parte imprescindible del universo apuleyano.

A continuación de la introducción, una nota crítica advierte que se ha cambiado el texto latino de referencia en los *GCA*, la tercera edición de Helm en la Teubner, de 1955, por el de Zimmerman en *Oxford Classical Texts* del 2012⁷. Tras alguna cuestión como la ortografía, se lista una serie de divergencias entre este y el que se reproduce y comenta en el libro y que aparecen discutidas en su lugar correspondiente. Entre estas hay algunas que suponen una clara mejora. Así, por ejemplo, creo que es bueno volver a la adición imprescindible de Bursian en 3.5 —*porrectis. <uestis>*— y no aceptar la de Zimmerman —*porrectis <ornata. uestis>*—, que la complica innecesaria y temerariamente con la lectura de Castiglioni —*<ornata. sed et uestis>*—, tal como se ve en el comentario (p. 134), exhaustivo salvo por la omisión de Arena 1999⁸. La excelente conjetura de Haupt en 9.4 —*facticii*— es con casi total seguridad lo que escribió Apuleyo y era necesario restituirla aquí, como habían admitido Helm y Griffiths, por ejemplo: Zimmerman se dejó arrastrar por manuscritos posteriores que no presentan más que una simple banalización. Igualmente laudables son la vuelta a **F** en 6.3 (*mearum*) en vez de la superflua corrección de Scriverius (*earum*). Tampoco tenía sentido la conjetura de Nicolini 2010 en 28.4 (*RFIC* 138, 194-7), felizmente desechada. Es atractiva sin duda la corrección *uehentem* de Frassinetti (*Corpus Paravianum* 1960, 323) por *uehebatur* en 8.4, aunque, por cierto, este se limitó a sugerirla en el aparato crítico: lo que no se entiende es que no se cite, además de los pasajes de Gelio (2.2.13; 5.6.27) y el de Cicerón *Brutus* 331, que se transcribe equivocadamente en vez del primero, el único paralelo que hay en Apuleyo, *Metamorfosis* 1.2.2, cf. Keulen 2007, 100. Sensato el mantenimiento de la solución de Helm en 27.6 y el comentario pertinente.

Algún pasaje genera más dudas, así el *iam dudum detestabilis* de Robertson en 6.2, en vez de *detestabilis iam dudum* (Zimmerman, Helm): es difícil buscar paralelos, al menos en prosa, para la construcción, pero tampoco están claros en **F** los signos con los que, según Robertson, se indicó el cambio de lugar y que los demás manuscritos no corroboran⁹. El comentario sobre *fulgebat* en 16.8 es razonablemente cauto, como la vuelta

⁶ El 7, sobre todo las páginas 58-66, sólidamente ancladas en el análisis del texto.

⁷ Sobre esta edición véase la reseña en *ExClass* 2013, 401-11.

⁸ A la que, por cierto, tampoco se cita en 9.4.

⁹ Aunque φ presenta un desconcertante *iam detestabilis dudum*, **A** y **U**, por ejemplo, transmiten lo mismo que **F**.

a la lectura de **F** ante la incertidumbre de los datos. También es comprensible el mantenimiento de *ut* en 20.3 de acuerdo con la contundente defensa de Fredouille 1975, 98. La lectura *serebat* de Oudendorp (1786, 817) en 30.4 es aceptable y mucho mejor que otras, aunque quizá la de Beroaldo (1500, 280^r), *disserebat*, merecería mayor atención. Poco antes, en este mismo capítulo se ha adoptado una conjetura de Harrison, *quin*, por *quam* de **F** (o *quae* de Helm): las objeciones del comentario a las lecturas tradicionales están bien razonadas y la propuesta es sugestiva, sin embargo, deberían haber aportado ejemplos más cercanos de uso en estilo indirecto, porque, definitivamente, el valor de *quin* en Livio 3.61.4 es muy distinto (*OLD* s. v. **A 1**) y, por otro lado, no se ve muy claro *nunc* en la traducción. Mientras tanto, la lectura de Helm posiblemente sigue siendo la más indicada¹⁰. Mucho más insegura, aunque ciertamente digna de atención, es la propuesta, también de Harrison, de escribir *Cecropiam* en vez de *Cecropeiam*, en contra de la tradición manuscrita y todos los editores anteriores.

Por otro lado, hay algunas correcciones completamente gratuitas. Así, los argumentos a favor de *laureis* —por *aureis*— en 235 o no son nuevos o son poco convincentes, por lo debería haber prevalecido la defensa de Augello¹¹ y Zimmerman en *AAGA* 3 (16-7). Tampoco resulta muy adecuado *cuiusce modi* (16.9) por *huiusce modi*, que no es ajeno tampoco al uso apuleyano (cf. 15.3, 9.18.4, *apol.* 13.2) y proporciona buen sentido: las razones para corregirlo, de acuerdo con Brantius, que solo parece conocer 11.7.3¹², son insuficientes. La mismas observaciones sobre 29.4¹³ deberían haber hecho descartar el *laetus* de Helm¹⁴ por el gusto del autor por las expresiones redundantes, como señala Fredouille (1975, 134): Berhhard¹⁵ lista incluso esta expresión entre los numerosos casos de adjetivos empleados de forma pleonástica con sustantivos. Por otro lado, debería revisarse el razonamiento para corregir *perlato* en 7.1 (190) y explicar por qué es distinto de *perferens* en 1.14.3 o por qué no se puede aplicar lo dicho ya por Keulen en *GCA* 2007, 286-7, donde, por cierto, se traduce por *relating*. No es fácil, por otro lado, decidirse entre *labentes* en 25.4 (Hildebrand 1842, I 1080) o el *latentes* de los manuscritos, pero el argumento de que los otros verbos de la frase (*meantes... errantes... natantes*) expresan movimiento es muy endeble y es un disparate alegar la sintaxis de *solo* sin preposición: ni se puede esperar otra cosa entre

¹⁰ Las críticas son fácilmente soslayables: véase, por ejemplo, la traducción de *quae nunc* de Walsh (1994, 240), *as now*, exactamente igual, por cierto, que Griffiths 1975, 109.

¹¹ G. Augello, *Studi Apuleiani. Problemi di testo e loci vexati delle Metamorfosi*, Palermo 1977, 228-9.

¹² En J. Rutgersius - E. Puteanus - J. Brantius, *Spicilegia in Apuleium*, p. 76 de su parte, incluido en la edición de Elmenhorst (Francofurti 1621).

¹³ Y que se repite a propósito de 30.4 en p. 511.

¹⁴ Efectivamente, hay que atribuir a Helm la conjetura: en todo caso, es incontestable que no es una *lectio vulgata*, porque no se encuentra en ediciones o manuscritos.

¹⁵ M. Bernhard, *Der Stil des Apuleius von Madaura*, Stuttgart 1927, 176.

caelo... montibus... ponto ni es una construcción insólita, aunque sí más propia de la poesía, cf. e. g. Verg. *A.* 10.805-6; Hor. *epod.* 9.19; Ov. *ars* 1.569; Phaed. 4.6.13. Nada, en todo caso, impropio del elevado estilo hímnico del capítulo que con tanto acierto se analiza en pp. 425-6, 430 o 433.

En general los comentarios sobre otros problemas en el texto están excelentemente argumentados, aportan toda la información pertinente y toman partido abiertamente por las soluciones más razonables¹⁶. Da la impresión, por ejemplo, de que en 13.2 (*cupidus promissi*), hasta donde se puede dar por segura una cuestión como esta, dejan el asunto zanjado. Con respecto a *prudentia / prouidentia* en 15.4 (287-8) se reflejan honradamente las dudas e inseguridades que genera esta disyuntiva, al igual que en 16.8; sin embargo, por lo que toca a 16.5 (*ibi deum simulacris*) se echa de menos un razonamiento serio y completo, lo mismo que, poco más adelante, en *ritu* (16.10), que parece una lectura tan banal como falta de fundamento.

El problema de 23.5 (*contraherent... curiositatis*), en el que se acaba aceptando la intervención de Nicolini (*lingua[e] <illicitae intemperantiae ista>*¹⁷), se desarrolla en un largo comentario (pp. 394-6), en principio completo y adecuado¹⁸, que termina de forma desconcertante admitiendo que la lectura de Helm, prácticamente lo mismo que los manuscritos, es *understandable but very awkward*, mientras que queda más claro añadiendo varios términos. Existen las mismas posibilidades de que se haya dado así con lo que escribió Apuleyo que con la propuesta de Van der Vliet —*lingua[e] <ista impiae loquacitatis>*— o con cualquier otra: si el pasaje es inviable tal como se ha transmitido, que no es el caso, existe la posibilidad de señalar una laguna, pero si no es así, no debería alterarse. También se deja sentir la influencia de Zimmerman 2012 en 30.1 a favor de una lectura normalizadora (*largitionibus*) cuando la de los manuscritos (*largitus*), por muy rara que sea, cuenta con otro testimonio.

Por lo que respecta al comentario en general, es característico del volumen las largas introducciones a determinados temas que se suscitan a lo largo del libro: el primero, por ejemplo, es una presentación de varias páginas (83-6) de la diosa Luna y su importancia en la magia. Como otras muchas a lo largo del libro, es una exposición solvente, completa e ilustrada con la bibliografía adecuada.

¹⁶ Por poner algún ejemplo más, aunque es norma general, véanse las observaciones a 22.1 (*quot*) o los extensos tratamientos de *suscitare* (29.1) y *mensura <re>rum collatis* (30.1). Por supuesto, también hay excepciones: no se puede despachar un razonamiento escribiendo simplemente que una construcción parece imposible (444). Los errores en datos sobre manuscritos son rarísimos e insignificantes: por alegar uno, en p. 116 la lectura de una segunda mano al margen (*nudis*), que se localiza en F, está en φ.

¹⁷ En *Philologus* 154, 2010, 152-4, también admitida por Zimmerman 2012.

¹⁸ Quizá el punto más débil es el problema con el plural *linguae*, que Hildebrand (1842, I 1073) dejó resuelto: *Linguae vel in univsum ad omnes referrí potest, qui talia provulgarant, vel ad solum Lucium, plurali pro singulari ob antecedens aures posito.*

A esta siguen tres en capítulo 2 sobre la plegaria de Lucio, su retórica y la presencia de la Luna junto a otras diosas, la descripción de la diosa (3) comparada con Venus y Fótide, con especial atención al cabello, la presentación de Isis (5), a la que se reacciona en el 7, los *anteludia* del 8 con un buen resumen de las interpretaciones que se han dado, la transformación del asno, con especial atención al influjo ovidiano (13), la alocución del sacerdote junto con su importancia para la interpretación de *Metamorfosis* (15), las visiones opuestas de Lucio en 16, la descripción de los ritos (23), la celebración pública de 24 o el himno de 25, Osiris (27), la segunda iniciación (28) y la tercera (29) hasta el problema del final de la obra (30).

Me parece un claro acierto esta disposición: los temas son suficientemente importantes y requieren un tratamiento más extenso que el que se suele dar comentando expresiones aisladas en el conjunto de un libro de este tipo y, por otra parte, es mucho más útil y cómodo para el lector localizarlos en los capítulos en los que aparecen que situarlos en la introducción o relegarlos a apéndices. Las numerosas referencias cruzadas y los espléndidos índices hacen que tan trascendental material, repartido por todo el volumen, esté siempre localizable. Incluso podrían haberse aumentado estos párrafos introductorios para tratar, por ejemplo, el nombre del sacerdote Mitra (22.3), cuyo sentido se discute concienzudamente en pp. 371-3, o las explicaciones de *Madaurensem* (27.9), que se recopilan en 465-7.

El comentario de Griffiths de 1975 ha sido hasta este momento y con todos los honores el libro de referencia para *Metamorfosis* XI: es un excelente volumen producto de un gran filólogo e intelectual y contiene los resultados de una investigación de primer nivel: supuso un avance trascendental en los estudios apuleyanos y todavía hoy merece consultarse y citarse para más de un pasaje concreto, pero definitivamente el volumen de los *GCA* lo ha superado, como cabía suponer, de forma incuestionable prácticamente en cualquier aspecto. La mayor parte de lo que aporta este en análisis de los motivos literarios y examen de la estructura formal, por no hablar de los paralelos aducidos, o se encontraba mucho menos desarrollado en el primero o sencillamente estaba ausente. Véanse como ejemplos las anotaciones sobre 1.4 y el baño purificador y Pitágoras (100-3), el análisis, mucho más rico, de la transformación de Lucio en el capítulo 13, con mayor insistencia en Ovidio *Metamorfosis* y analogía con el libro 3, o la nota más completa sobre el *navigium Isidis* (314).

En general, el estudioso que acuda al libro a buscar información y análisis de un pasaje particular encontrará sin duda lo que busca y mucho más. Por supuesto que hay partes en las que la crítica no se pone de acuerdo o de las que sencillamente se ignora el sentido y en los que a los editores solo les queda transmitir las dudas¹⁹. En otros casos, en cambio, se podía razonablemente

¹⁹ Caso de *decurionum quinquennales* en 11.30.4.

esperar un comentario más detallado, como por ejemplo al tratar los dos tipos de árboles de 7.5: ¿hay paralelos para esta división?, ¿se podrían relacionar con *pecuina et ferina* de 1.2 (p. 94-5) y, como estos, con algún elemento en Lucrecio? Después del impresionante análisis de la descripción de Isis en el capítulo 3 quizá se eche de menos una explicación más detallada del comienzo de esta y, concretamente, de su aparición después de que el protagonista caiga de nuevo en un profundo sueño y el significado de este hecho. A propósito de esto mismo, resaltaría la profunda ironía del canto de agradecimiento en honor de la diosa cuando la transformación se produce por el mismo procedimiento mágico que determinó la conversión en asno (pp. 265-7). Tampoco se ha relacionado los objetos de culto secretos de 11.2 con los que se mencionan en *apol.* 56.1. Se podría haber analizado con mayor detenimiento la función que ocupa la recuperación del caballo blanco en el capítulo 20, que no se encuentra en el *Onos*, y el cándido²⁰ reconocimiento de este hecho como cumplimiento del sueño premonitorio. En 24.2 (pp. 406 y 409) se llama la atención con toda razón sobre las flagrantes semejanzas entre la exhibición de Lucio tras su iniciación y la estatua de Batilo en *flor.* 15.8, pero apenas se intentan explicar o justificar.

En otros casos, quizá se podría haber dado mayor consistencia a algunas observaciones con citas o argumentos adicionales. Así, a *apol.* 52.4 (6.4: *criminabitur*, p. 181), una nota certera, debería habersele añadido 3.1 y 53.1. Más adelante, aunque estoy totalmente de acuerdo con las consideraciones sobre *fascibus* de 8.3, no hubiera estado mal aducir el paralelo de Mommsen que sí proporciona Griffiths, de la misma forma que se podrían haber buscado otros ejemplos en 10.1 sobre el uso religioso de ungüentos y perfumes por parte de los devotos²¹, no de tipo convivial, como son inequívocamente los que aparecen, ni relacionados con la adoración de las estatuas, a lo que se alude equivocadamente a propósito de 9.3 (221)²². En 9.2-3 se cita acertadamente el paralelo más significativo —*Aug. civ.* 6.10.2—, pero no se advierte que este está reproduciendo palabras de Séneca, y en 10.4, al comentar *Mercuriale... caduceum* tampoco se observa que, curiosísimamente, el caduceo es el único elemento típico del dios que falta en la descripción de *apol.* 63.7-8. A propósito de *destinatae* (21.6) hubiera resultado interesante comparar la expresión con otros lugares de la novela —no solo 6.31.2, sino e. g. 1.14.2 o 4.34.1—, aunque no quepa en estos el matiz, quizá discutible, de voluntariedad.

²⁰ *DRAE* s. v. 1-2; *OLD* s. v. *candidus* 8.

²¹ Cf. e. g. M. Beard - J. North - S. Price, *Religions of Rome*, 2 vols., Cambridge 2007 (= 1998), II 88.

²² Se esparcen perfumes por las calles, obviamente, en honor de la diosa y, como tantas otras veces, como parte del espectáculo, pero no se trata aquí del cuidado directo de su estatua: sería más adecuado comparar este lugar con 6.24.3 (*spargebant balsama / balsamo... conspargebant*) e incluso con el uso que se hacía en diversas funciones (10.34.2), cf. *GCA* 2000, 403, y el empleo ambivalente en *Sall. Hist.* 2.70 M.

Ante *praefatus... ueniam*, además de los paralelos en *Metamorphosis*, bien tratados, tiene un carácter religioso innegable *flor.* 1.2.

El aparato bibliográfico y la pericia y conocimientos de los autores dejan poco lugar, por no decir casi ninguno, a mejoras o correcciones. Entre los muy escasos que ha suscitado esta lectura alegraría los siguientes:

Llama la atención que no se aduzca un testimonio que precisamente se acaba de citar (Apul. *Soc.* 117-8 Oud.) en la discusión sobre el significado de *solis* en 2.3. Lo que Bianchi 2007 dice exactamente y se cita a propósito de 3.4 (p. 131) es que no es una característica general de Isis representarla con una especie de tirabuzones y que estos podían tener origen griego²³. Creo que la preferencia por *magnae* en 8.1 obedece además a cuestiones fonéticas y a la imitación de la marcha de la pompa, cf. Griffiths 1975, 171. A 20.5 *perstrepunt* se le debía haber adjuntado el *strepit* de *flor.* 18.37, también en obvio contexto religioso, descartado con demasiada ligereza en p. 271²⁴. Ni por asomo tiene el mismo sentido *detergo* en 24.7, que expresa un acto de profundo sentimiento religioso, y en *apol.* 59.1. Al contrario de lo que se afirma en p. 159, los cretenses sí eran especialmente apreciados como arqueros en los ejércitos romanos²⁵, por lo que el epíteto *sagittiferi* es plenamente convencional.

Es loable que se hayan citado a los filólogos anteriores a Oudendorp (1786) y Hildebrand (1842) con el año de sus ediciones, pero, teniendo en cuenta la facilidad que existe en estos momentos para consultar libros antiguos, hubiera cabido también la posibilidad de adjuntar el número de página, recuperando así, aunque sea esporádicamente, un material valiosísimo y rindiendo un pequeño homenaje de *pietas* científica a unos estudiosos excepcionales²⁶.

Completan el volumen tres ensayos, obra de sendos investigadores —los dos primeros ajenos al grupo de autores, la tercera, editora—, que aportan una interpretación más peculiar, como es lógico, de algunos aspectos. Es discutible que este sea el lugar apropiado para este tipo de publicaciones, aunque ciertamente contribuyen a ampliar la visión sobre el libro XI. En el primero de ellos —‘A Platonic reading of the Isis Book’—, F. Drews rastrea el fundamento platónico, tanto directamente a partir de la obra del pensador griego como, sobre todo, de la obra filosófica del mismo Apuleyo, de la concepción de Isis

²³ «I would, therefore, suggest that the possible origins of the corkscrew locks so characteristic of the five images of Isis which we have been discussing are Greek» (p. 486). Esto al menos hace dudar de la automática asociación de este tipo de cabello con África. Téngase en cuenta, incidentalmente, que Egipto para los antiguos no era parte de este continente.

²⁴ Los paralelos aducidos por Hijmans («Apuleius orator: ‘Pro se de magia’ and ‘Florida’», *ANRWII* 34.2, 1994, pp. 1721) son dignos de tenerse en cuenta ante las numerosas correcciones simplificadoras, sobre todo *Front. ep.* 3.10.2 [p. 43.17 Van den Hout].

²⁵ Cf. G. M. Paul, *A Historical Commentary on Sallust’s Bellum Jugurthinum*, Liverpool 1985, 141-2, y e. g. *Plut. C. Gr.* 16.

²⁶ Es verdad que las inapreciables anotaciones de Oudendorp, a las que generalmente se acude para estudiar la crítica de los siglos XV-XVIII, son prácticamente siempre exactas, pero alguna vez se escapa algún detalle, especialmente cuando no se trata de crítica textual.

y Osiris como dioses y la diferencia entre ambas²⁷, la visión de la diosa como madre del tiempo y la naturaleza y la que se deduce del discurso del sacerdote en el capítulo 15 y su trascendencia para la interpretación de la novela. Aunque contiene ideas interesantes, la selección de textos y su interpretación parece muchas veces sesgada en favor de una determinada conclusión²⁸. Por ejemplo, sorprende que, al hablar de una divinidad única, no se aluda a *apol.* 64 ni se explique si hay relación con *Metamorfosis* XI, también que se tome el concepto de *daemon* de forma parcial, cuando en realidad no es fácil percibir una definición absolutamente coherente en el mismo Apuleyo²⁹.

El segundo artículo, *The Isis Book and Contemporary Jewish/Christian Literature*, de Warren S. Smith trata de establecer paralelos entre las experiencias religiosas del libro XI y textos contemporáneos judíos y cristianos. En principio la idea es estimulante, el problema es que para que las semejanzas sean perceptibles hay que manejar conceptos tan amplios que comprometen la verosimilitud de tales parecidos³⁰. El tercer ensayo —Ulrike Egelhaaf-Gaiser, “A World of Images: Visual Geography in the Isis Temple at Pompeii and in the Isis Book of Apuleius”— pretende, en medio de una revisión crítica de enfoques en la investigación, tomar del análisis de las artes visuales algunos conceptos claves para aplicarlos tanto a las pinturas del Iseo pompeyano como a la procesión de Isis en el libro XI³¹. Las únicas imágenes del volumen (pp. 563–6) están destinadas a ilustrar este artículo.

El libro, por otra parte, presenta unas características muy particulares: no solo son varios los autores, sino que el material se presenta distribuido de forma muy peculiar entre la rica introducción, las presentaciones que abren muchos capítulos, el comentario en sí y los ensayos que cierran la obra, por no hablar de las citas de AAGA 3. El riesgo evidente era que la información se perdiera o se repitiera innecesariamente en uno u otro punto, o bien que el lector, en un instrumento fundamentalmente de consulta, no supiera a dónde acudir; sin embargo, gracias a un trabajo de edición realizado con un cuidado y una meticulosidad impecables, que ha provisto a la obra de constantes reenvíos de una parte a otra y magníficos índices, se ha

²⁷ Ciertamente demasiado sutil (520), por no decir artificial.

²⁸ La expresión *redeunt tempora*, por ejemplo, admite como mínimo otras interpretaciones: véase el comentario (p. 433).

²⁹ Solo la escandalosa diferencia en la clasificación de Osiris como el mayor de los dioses (*Met.* 11.30.3) o simple *daemon* en *De deo Socratis* 15 (154 Oud.), como señala Beaujeu 1983, 391, ilustra bien las incoherencias del pensamiento apuleyano.

³⁰ Obsérvese por ejemplo la conclusión (p. 542): los parecidos —la idea de conversión, la sumisión a la voluntad divina, etc.— son intrascendentemente generales, mientras que las diferencias, obvias, podrían enfocarse tanto en contra de las ideas judías o cristianas como de cualquier otra forma.

³¹ En concreto se trata de la relación entre narración y descripción, el contraste entre el mundo cotidiano y el ajeno, la dinámica del observador y la imagen y la presencia de esta en un contexto espacial.

conseguido sortear este escollo con éxito y, aunque siempre existan algunas incongruencias³², prestarle al comentario la necesaria solidez y facilidad de manejo.

El apartado de bibliografía es impresionante: cuarenta densas páginas de referencias entre las que es difícil echar de menos alguna obra, particularmente entre la producción más reciente³³. Son tres los índices, exhaustivos, que rematan el volumen: *index rerum, nominum et verborum* y *locorum*. Desde otro punto de vista, se trata de una edición, en consonancia con los anteriores volúmenes de la serie o incluso en mayor medida, muy cuidada y en la que están prácticamente ausentes las erratas³⁴.

El comentario al libro XI de las *Metamorfosis* es, para concluir, un libro espléndido, un auténtico compendio de la mejor filología y un instrumento absolutamente imprescindible para los estudios sobre Apuleyo y la novela antigua y merecedor, por tanto, de un lugar de honor en la bibliografía sobre Filología clásica.

Juan Martos Fernández
Universidad de Sevilla
juanmartosf@us.es

³² Señalaría, por ejemplo, que no hubiera venido mal remitir en 9.2 *nitentibus speculis* (p. 220) a 3.4 (132) ni aludir en la aliteración de 11.1 (p. 236) a otros momentos de la procesión, como 8.1; por otro lado, se podrían haber aligerado los comentarios sobre algunos puntos (e. g. *providentia*), que llegan a ser redundantes, agrupándolos en algunos lugares significativos. En cualquier caso, esto es la excepción.

³³ Quizá mereciera la pena citar todavía el estudio de Abate sobre diminutivos y, con toda seguridad, el de Abt sobre magia (*Die Apologie von Apuleius von Madaura und die antike Zauberei*, Giessen 1908), por ejemplo en p. 85 (123-30); también Ruiz de Elvira 1954, 116 a propósito de 11.18.6 o Moreno Soldevila 2011 (*Diccionario de motivos amorios en la literatura latina*, Huelva) para ilustrar, entre otros aspectos, como descripción de la belleza de la amada el tema del cabello en el capítulo 3. Faltan, desde luego, Gallaher 1993 (*JR* 73), Puccini-Delbey 2003, Marangoni en *Incontri triestini di filologia classica* 5, 2005-2006, o Hidalgo de la Vega en *Studia historica. Historia antigua* 25, 2007: quizá sea demasiado reciente La Barbera 2013 en *MD* 71. Por otra parte se remite a Lunais 1979 o Platt 2011, pero no aparecen en la bibliografía.

³⁴ Es difícil que, entre tantos, no baile algún número (e. g. en n. 32 p. 524 debería decir 11.7.4; en línea 4 p. 221, 11.4.3 en vez de 11.3.3) o se deslice una letra (Roscher 1906).